

La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva historia universal.

KARL. MARX, *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, 1852

Las enfermedades venéreas asolaron a la población de la China prerrevolucionaria, atacando a uno de cada diez en áreas urbanas. La administración colonial en los puertos dominados por los británicos estaba realmente preocupada y llegó muy lejos para combatir la temida enfermedad. En 1920, la esposa de un juez de la Suprema Corte, como parte de un esfuerzo concertado, reunió los nombres de 900 dueños de burdeles de Shangai. Éstos fueron invitados a una gran fiesta donde se les darían claveles de papel y Biblias cristianas; ciento ochenta, escogidos al azar, serían "invitados" a cerrar sus establecimientos. Sólo veinte de los florecientes hombres de negocios se presentaron, y ninguno estuvo de acuerdo en restringir sus actividades. Solamente en Shangai trabajaban 150 000 prostitutas. Su número aumentaba constantemente por la pobreza y hambre para los cuales la prostitución era una alternativa bienvenida. No fue sorprendente que la administración colonial, a pesar de su buena voluntad, no lograra adelantos. Las enfermedades venéreas eran sencillamente un hecho de la vida. Sin embargo, después de la revolución, el progreso fue tan rápido que, en 1969, el doctor Joshua Horn pudo decir: "Las enfermedades venéreas activas han sido completamente erradicadas de casi todas las áreas y completamente controladas en toda China."<sup>1</sup> La administración británica no debió ser tan pesimista. A menudo, la mejor política social es una política revolucionaria; pero ¿cómo podían haberlo imaginado?

La educación y las enfermedades venéreas son problemas sociales de diferente orden. Empero, nuestro análisis de la dinámica de la reforma

<sup>1</sup> Joshua Horn, *Away with all pests*, Nueva York, Monthly Review Press, 1969, p. 86.

liberal educativa y de la debilidad de su éxito nos impone una alternativa igualmente radical. Lo que exigimos de las escuelas de los Estados Unidos es perfectamente llano. Vemos, a futuro, un sistema educativo que, en el proceso de la reproducción de la sociedad, promueve vigorosamente el desarrollo personal y la igualdad social. Lo que hemos demostrado en este libro es igualmente llano: las características principales del sistema educativo en los Estados Unidos, hoy día, fluyen directamente de su papel en la producción de una fuerza de trabajo capaz y decidida a sostener posiciones ocupacionales en el sistema capitalista. Llegamos a la conclusión de que la creación de un sistema escolar equitativo y liberado requiere una transformación revolucionaria de la vida económica.

El aspecto más crítico del capitalismo de los Estados Unidos es que unas pocas personas poseen y controlan el grueso de los recursos de la producción, mientras que la mayoría —además de sus posesiones personales— sólo tienen su fuerza de trabajo. La economía de los Estados Unidos manifiesta el más completo y extenso sistema laboral asalariado en la historia de la civilización. Este sistema, que surgió históricamente como una fuerza progresista al servicio de la productividad económica y de la moralidad de la individualidad y libertad personal, se ha vuelto desde hace tiempo represivo y anacrónico, un obstáculo para el mayor progreso humano. La mayoría debe someterse diariamente a la dominación de los pocos, dando origen a la perpetuación sistemática de amplias desigualdades —no sólo entre capital y trabajo asalariado, sino también entre trabajadores. La estabilidad y seguridad de estas relaciones de poder económico requieren la creación y el esfuerzo de diferencias basadas en sexo, raza, origen étnico, clase social, y estatus jerárquico.

El sistema educativo, básicamente, ni suma ni resta el grado de desigualdad y represión que se origina de la esfera económica. Más bien, reproduce y legitima un patrón preexistente del proceso para entrenar y estratificar a la fuerza de trabajo. ¿Cómo ocurre esto? El centro del proceso no se hallará en el contenido del encuentro educativo —o en el proceso de la transferencia de la información— sino en la forma: las relaciones sociales del encuentro educativo. Éstas corresponden estrechamente a las relaciones sociales de dominación, subordinación y motivación de la esfera económica. A través del encuentro educativo, los individuos son llevados a aceptar el grado de impotencia al que se enfrentarán como trabajadores maduros.

El prerrequisito central para el desarrollo personal —sea físico, emocional, estético, cognoscitivo, o espiritual—, radica en la capacidad para controlar las condiciones de vida propias. Por lo tanto, una sociedad puede alentar el desarrollo personal aproximadamente en la medida que permite y requiere una interacción personal de acuerdo con las líneas

de una cooperación y lucha iguales, unificadas, participativas y democráticas.\* Sobra decir que estas mismas condiciones son las que más conducen a la igualdad social y económica. El sistema educativo de los Estados Unidos, en el presente nexo de relaciones de poder económico, no puede alentar tales patrones de desarrollo personal e igualdad social. A fin de reproducir la fuerza de trabajo, las escuelas están destinadas a legitimar la desigualdad, limitar el desarrollo personal a formas compatibles con la sumisión a la autoridad arbitraria y a ayudar en el proceso mediante el cual la juventud se resigna a su suerte.

Por lo tanto creemos —de hecho, se deriva lógicamente de nuestro análisis—, que un sistema educativo igual y liberador sólo puede surgir de un movimiento, con bases amplias, dedicado a la transformación de la vida económica. Tal movimiento es socialista en el sentido de que la propiedad privada de los recursos de producción esenciales debe ser abolida, y el control de los procesos de producción debe ser puesto en manos de los trabajadores.

Las metas de tal socialismo revolucionario van más allá de los logros de la Unión Soviética y de los países de Europa Oriental. Estos países han abolido la propiedad privada de los medios de producción, a la par que repetían las relaciones de control económico, dominio y subordinación características del capitalismo. Si bien la abolición de la propiedad privada de los medios de producción ha ido ligada a una reducción significativa de la desigualdad económica, no ha podido atacar los otros problemas que hemos tratado en este libro. El socialismo al que aspiramos va más allá de la cuestión legal de la propiedad, llega a la cuestión social concreta de la democracia económica como un conjunto de relaciones de poder igualitarias y participativas. Aunque podemos aprender mucho sobre el proceso de creación de una sociedad socialista a partir de las experiencias de los soviéticos, cubanos, chinos y otros pueblos socialistas —y de hecho podemos encontrar algunos aspectos de su trabajo completamente inspiradores—, no hay un modelo extranjero para la transformación económica que buscamos. El socialismo en los Estados Unidos será un producto claramente americano, que saldrá de nuestra historia, cultura y lucha por una vida mejor.

¿Cómo sería un socialismo en los Estados Unidos?<sup>2</sup> El socialismo no es una circunstancia, es un proceso. El socialismo es un sistema de democracia política y económica donde los individuos tienen el derecho y la obligación de estructurar sus vidas de trabajo mediante un control

\* En este sentido no podríamos estar más de acuerdo con la filosofía de John Dewey; véase el cap. 2.

<sup>2</sup> Para una bibliografía amplia sobre esta cuestión, véase James Campen, *Socialist alternatives for America: a bibliography*, Union for Radical Political Economics, primavera de 1974.

participativo directo. Nuestra visión del socialismo no exige como condición previa que todos seamos personas desinteresadas y altruistas. Más bien, las condiciones sociales y económicas del socialismo facilitarán el desarrollo completo de las capacidades humanas. Estas capacidades son para relaciones humanas cooperativas, democráticas, iguales y participativas; para la realización cultural, emocional y sensual. No podemos adjudicar una forma fija a un posible socialismo estadounidense, ni tampoco el socialismo es la solución para todos los problemas que hemos mencionado aquí. El socialismo resuelve directamente muchos problemas sociales, pero, en muchos sentidos, es meramente un ruedo más propicio donde practicar la lucha por el crecimiento social y personal. Su forma será determinada por una actividad práctica más que por una teoría abstracta. No obstante, podrían sugerirse algunos aspectos razonables del socialismo en los Estados Unidos directamente relacionados con la transformación de la educación.

El centro de una sociedad socialista es la creación de una alternativa para el sistema laboral asalariado. Esto implica la democratización progresiva del lugar de trabajo, permitiendo así que el sistema educativo auspicie un patrón más apto del desarrollo humano y la interacción social. La férrea relación entre la división del trabajo y la división del producto social también se debe romper: los individuos deben poseer, como derecho social básico, un ingreso adecuado e igual acceso a los alimentos, la habitación y los servicios médicos y sociales, independientemente de su posición económica. Por otra parte, cuando el latigazo de la necesidad material ya no obligue a la participación en la vida económica, se puede desarrollar un patrón más equilibrado de incentivos materiales, simbólicos y colectivos y, de hecho, se debe hacer. Al respecto, es esencial la obligación legal de compartir todos equitativamente la ejecución de aquellos trabajos, socialmente necesarios, que son, en general, poco compensadores en términos personales y que, voluntariamente no serían desempeñados. Un sistema educativo así liberado de la legitimización del privilegio podría dirigir sus energías a hacer que el desarrollo de las habilidades en el trabajo fuera un complemento placentero y deseable de los planes de vida de un individuo.

El objeto de estos cambios en la división social del trabajo no es una igualdad abstracta, sino la eliminación de las relaciones de dominación y subordinación de la esfera económica. Ciertamente, siempre habrá diferencias individuales en la capacidad, el talento, la creatividad, y la iniciativa, y todos deben ser alentados a desarrollar estas aptitudes al máximo. Empero, en un sistema socialista, no necesitan transformarse en poder y subordinación en el control de los recursos económicos. Por razones similares, los patrones históricos de la discriminación racial, sexual y étnica deben ser enmendados enérgicamente por ser socialmente

divisivos e injustos. Lo que actualmente se denomina trabajo doméstico, se considerará también, cuando menos parcialmente, trabajo socialmente necesario. Este trabajo, ya sea realizado en unidades colectivas o en hogares individuales, debe ser compartido equitativamente por todos los individuos.

Otra meta central del socialismo en los Estados Unidos debe ser la democratización progresiva de la vida política. Desde la planificación de la producción, la organización de los servicios sociales, y la determinación de las necesidades de consumo a nivel local, hasta la planificación económica nacional y otros aspectos de las políticas nacionales, las decisiones serán tomadas en cuerpos compuestos por aquellos afectados por el resultado o cuerpos que hayan recibido su delegación. Contemplamos un papel importante para el gobierno nacional en la garantía de la igualdad económica regional; la integración y racionalización de la producción local, los planes de servicios y consumo; y en la implementación directa de otras políticas económicas y sociales que no resultan factibles a nivel local. La naturaleza igualitaria y democrática de la vida económica incrementará vastamente la sensibilidad y la flexibilidad de las instituciones gubernamentales. Aunque las disputas entre grupos y regiones seguirán siendo una función política central, la igualdad económica eliminará la necesidad de que el estado gratifique los intereses y las facultades de una pequeña minoría que controla la producción. Si bien la actividad política no será la preocupación central de la mayoría, el proceso de participación en el trabajo y en la comunidad incrementará espectacularmente la sofisticación política, la participación y la sapiencia de los ciudadanos. De hecho, nos aventuramos a sugerir que todas las fulgurantes insuficiencias de la democracia política de los Estados Unidos se pueden atribuir al dominio privado de los medios de producción y a la falta de una verdadera democracia económica.<sup>3</sup>

Un dogma del pensamiento liberal es que la igualdad social sólo se puede adquirir a expensas de la eficiencia económica. Sin embargo, la evidencia no es del todo convincente. Las relaciones sociales democráticas de la producción llevan a obreros altamente motivados y productivos, que dirigirán sus poderes creativos hacia el mejoramiento del trabajo y a la satisfacción de las necesidades de consumo y no hacia las ganancias. Además, el control democrático del trabajo puede reorientar la tecnología hacia la eliminación de los trabajos brutalizantes,

<sup>3</sup> Para una extensión de este tema, véase William R. Torbert, *Being for the most part puppets*, Cambridge, Mass., Schlenkman, 1973; Sidney Verba y Norman Nie, *Participation in America*, Nueva York, Harper & Row, 1972; Carole Pateman, *Participation and democratic theory*, Cambridge, England, Cambridge University Press, 1970; y Peter Bachrach, *The theory of democratic elitism: a critique*, Boston, Little, Brown and Company, 1967.

hacia la expansión progresiva de la oportunidad para obtener habilidades a través de la educación en el trabajo activo y recurrente, y hacia la clasificación de la división entre trabajo físico y mental. La eliminación de la discriminación racial y sexual liberaría un vasto conglomerado de talentos, capacidades y recursos humanos, relativamente nuevos, para efectos de producción. Una planificación económica, comprensiva y racional, conduce a una mayor eficiencia a través de la eliminación de la competencia inútil y de la redundancia en los servicios prestados (por ejemplo, seguros, bancos y finanzas), la eliminación del desempleo, programas racionales de investigación y desarrollo, y una política equilibrada del desarrollo de recursos con estabilidad del medio ambiente.

El incremento de la eficiencia de una vida económica socialista, de inmediato reducirá la semana laboral dedicada a la producción de las necesidades sociales, liberando, por lo tanto, a los individuos para la creatividad placentera y una mayor producción informal. De hecho, este aspecto del desarrollo individual en el socialismo estadounidense representará uno de sus éxitos más importantes —una genuina etapa nueva en la historia de la humanidad. Bajo el capitalismo, la verdadera dedicación para auspiciar las aptitudes individuales para la creatividad placentera y la producción artesanal, es incompatible con la generación de una fuerza de trabajo convenientemente subordinada. Esperamos que la producción creativa y el consumo de diversiones sociales pasen a formar una parte siempre creciente de las actividades económicas en la sociedad socialista. Por lo tanto, se debe dar mucha importancia al desarrollo de un sector artesanal y artístico vital para la producción como un suplemento voluntario del trabajo socialmente necesario. Se puede organizar siguiendo una línea de maestro-aprendiz o de control de grupo abierta a todos los individuos. Lejos de ser una idea secundaria descuidada en la sociedad socialista, este sector será un instrumento central para la canalización de las energías creativas desatadas por la educación liberada y el trabajo no enajenado hacia fines socialmente benéficos.

Para quienes contemplamos la igualdad económica y un sistema social dedicado a auspiciar el crecimiento personal, el socialismo democrático y participativo es claramente deseable. Pero, ¿es factible un sistema de democracia económica así? La sabiduría convencional de las ciencias sociales académicas presenta una respuesta negativa. Empero, en este libro hemos demostrado que el cinismo engendrado por las corrientes modernas de la economía, la sociología y las ciencias políticas se basan en una serie de mitos: que la desigualdad se debe a las capacidades desiguales; que la autoridad jerárquica es necesaria para la tecnología moderna; que el capitalismo ya es meritocrático; y que la situación existente corresponde a las necesidades de la gente y es producto de sus voluntades.

Así como los filósofos de la antigua Grecia no podían concebir una sociedad sin amo y esclavo y los escolásticos de la época medieval sin señor y siervo, así, hoy día, muchos no pueden concebir la sociedad sin una jerarquía gerencial de control y una clase trabajadora subordinada. Sin embargo, ni la tecnología ni la naturaleza humana entorpecen el camino a un socialismo democrático como la siguiente etapa del proceso de la civilización. El trabajo no enajenado y una distribución igual de sus productos no es nostalgia romántica ni ludismo posindustrial. Los medios para lograr justicia social y para hacer que el trabajo tenga sentido personal y sea compatible con el desarrollo personal sano, son tan americanos como el pastel de manzana: democracia e igualdad.

¿Cuál es el papel que desempeña la educación en este proceso? En el contexto del capitalismo de los Estados Unidos, una educación socialista es una educación revolucionaria. Nuestro objetivo para las escuelas y universidades de los Estados Unidos, aquí y ahora, no es que se conviertan en el embrión de la buena sociedad, sino que las luchas en torno a estas instituciones, y el proceso educativo mismo, contribuyan al desarrollo de un movimiento socialista, revolucionario y democrático. Una educación ideal para una sociedad socialista puede, en algunos sentidos, ser independiente de la tarea de dar vida a esa sociedad. Este peligro no es intrínsecamente grande, sin embargo, ya que la lucha por liberar la educación, y la lucha por democratizar la vida económica están intrínsecamente relacionadas. Las relaciones sociales de la educación se pueden alterar mediante una lucha genuina en pro de un aula democrática y participativa, y en pro de una reorganización del poder en la educación. El proceso de creación de un sistema educativo socialista para los Estados Unidos, en caso de tener éxito, hará que las contradicciones entre administradores, profesores y estudiantes no sean antagónicas en el sentido de que el resultado diario de sus luchas pueda ser el desarrollo positivo y sano tanto de estructuras como de individuos y sea benéfico para todas las partes interesadas. La experiencia de la lucha y el control promueve el crecimiento personal, forja la solidaridad y prepara al estudiante para una actividad política futura en la fábrica y en la oficina. La conciencia nutrida con un encuentro educativo así integrado, es la conciencia del propio valor, la cooperación y una hostilidad implacable hacia la autoridad arbitraria.

Incluso después de una transformación exitosa de las relaciones formales de poder en la esfera económica, la educación será parte de la lucha por la democratización de las relaciones sociales importantes. Al sistema educativo se le dará la tarea de preparar a la juventud para una sociedad que, aunque dirigida a la realización progresiva de metas evolucionarias, cargue la herencia tecnológica y cultural del presente sistema. En este marco, las relaciones sociales de la educación en sí

tendrán una naturaleza transitoria. Por ejemplo, la eliminación del trabajo aburrido, insalubre, fragmentado, no creativo, limitador y enajenado de más maneras, pero socialmente necesario, exige un amplio proceso de cambio tecnológico y organizativo en una fase de transición. El viraje a tecnologías automatizadas, descentralizadas y controladas por obreros, exige la continua supervisión y cooperación de los propios obreros. Cualquier forma que tome esto en una sociedad en transición incluirá una lucha constante entre tres grupos cuyos intereses últimos pueden converger, pero cuyos intereses diarios permanecen distantes: los gerentes interesados en el desarrollo de la empresa, los técnicos interesados en el racionalismo científico de la producción y los obreros interesados en el impacto de la innovación y la administración de la satisfacción laboral y el bienestar material. El sistema educativo actual no desarrolla en el individuo la capacidad de cooperación, lucha, autonomía y juicio convenientes para esta tarea. La necesidad de crear formas educativas innovadoras es, en este sentido, primordial.

#### EDUCACIÓN REVOLUCIONARIA

Debemos obligar a bailar a las circunstancias congeladas, cantándoles su propia melodía.

KARL MARX

Una educación revolucionaria debe ser guiada por una filosofía educativa revolucionaria. En esta sección, sugerimos tentativamente cómo podría ser tal filosofía. Hemos sido motivados por varios intereses. En primer término, las metas educativas deben reconocer la correspondencia entre las relaciones sociales de la vida económica y las del encuentro educativo. El trabajo y el desarrollo personal están íntimamente relacionados no sólo en la sociedad capitalista, sino en cualquier sociedad concebible. En segundo, queremos unirnos al ánimo de la crítica contemporánea igualitaria y antiautoritaria de la educación en los Estados Unidos, evitando al mismo tiempo las trampas descritas en el capítulo anterior.

Así pues, desarrollaremos un humanismo dialéctico, inspirado en gran medida por el concepto marxista del desarrollo personal a través de la interacción dialéctica entre los individuos y sus entornos. En esta óptica, el sistema educativo es juzgado por la manera en que resuelve la contradicción básica entre las necesidades de reproducción de la comunidad y las necesidades de actualización propia de los estudiantes y,



concretamente, su inevitable proyección en la contradicción entre maestro y estudiante.

El desarrollo de formas de vida sencillas, del nacimiento a la muerte, está regido por el desenvolvimiento del potencial genético. El entorno natural y social del organismo puede promover, retardar o aun terminar este desenvolvimiento, pero tiene poco efecto sobre las formas que puede asumir. Las formas de vida complejas, por otra parte, manifiestan componentes de conducta aprendidos. Es decir, el camino de maduración del organismo depende de su interacción particular con su entorno. Cuanto más alto en la escala evolutiva, tanto mayor la tendencia del organismo individual a ser el producto de su experiencia social y tanto menos de su desenvolvimiento genético. En el caso de los seres humanos, la sorprendente variedad de patrones pasados y presentes de interacción social es testigo de la importancia de los componentes de la conducta aprendidos.

La primacía de la experiencia social para la maduración humana implica una contradicción básica a la cual toda teoría educativa debe relacionarse: la contradicción entre individuo y comunidad. Entre los múltiples caminos potenciales del desarrollo individual, sólo algunos son compatibles con la reproducción de la comunidad. En cada punto del desarrollo personal propio, el individuo actúa con base en el interés, las inclinaciones y los códigos personales. El resultado final de esto es la sumisión a las exigencias de la vida social o, si fallara, la destrucción del individuo o de la comunidad como está constituida. La contradicción es un aspecto inevitable de la vida moderna, sea una comunidad esclava o "libre", con clases o sin clases, democrática o totalitaria, purgatorio o utopía.

Por supuesto, esta contradicción tiene su reino de libertad así como su reino de necesidad: los polos de la dicotomía individuo/comunidad dependen uno de otro para su mismísima existencia. El desarrollo personal es inconcebible fuera de un contexto social estructurado, y ninguna comunidad puede trascender a los individuos participantes en su reproducción. O, más acertadamente, tenemos el potencial para escoger los caminos de desarrollo personal que mejor conduzcan a nuestras necesidades mediante la reorganización de las instituciones que enmarcan nuestra experiencia social hacia formas que admitimos, pero dentro de las que luchamos por autonomía y solidaridad, individualidad y aceptación, espacio libre y seguridad social.

La contradicción entre individuo y comunidad está mediada por instituciones formales e informales —parientes y grupos de la misma clase, rituales, iglesias y ejércitos, gremios y fábricas, ayuntamientos, prisiones y asilos. En la sociedad americana, una de estas instituciones es la escuela. La esencia de la escuela (o de su sustituto social) yace en su

contraposición al estudiante, quien es tomado con necesidades e intereses manifiestos y es transformado, contra su voluntad, en un producto de la sociedad.

Las escuelas no se pueden considerar represivas meramente porque induzcan a los niños a sobrellevar experiencias que ellos mismos no escogerían, o porque impongan formas de regimentación que sofocan la espontaneidad inmediata. Las escuelas, o cualquier otra institución que medie el paso a la total participación social adulta, son intrínsecamente restrictivas. Las escuelas que niegan este papel, o que reclaman compatibilidad con una sociedad donde este papel es innecesario, son hipócritas y equívocas. Lo que es peor, son positivamente nocivas. Por eso, olvidan su papel de agentes históricos. El hecho de olvidar esta contradicción entre individuo y comunidad, significa que, rápidamente, uno será dejado atrás en la lucha histórica por la liberación humana.

Esta posición tampoco sería descabida aunque fuera posible. El desarrollo humano no es el simple "desenvolvimiento de la humanidad innata". El potencial humano se realiza sólo a través de la confrontación de la constitución genética y la experiencia social. El dogma consiste, precisamente, en suprimir un polo de una contradicción.<sup>4</sup> El dogma de la educación represiva es el dogma de la necesidad que niega la libertad. Empero debemos evitar el dogma alternativo de la libertad que niega la necesidad. En realidad, la libertad y la individualidad surgen sólo a través de la confrontación con la necesidad, y las facultades personales se desarrollan sólo cuando son opuestas a una realidad recalcitrante. En consecuencia, la mayoría de los individuos buscan entornos en donde no sólo producen e interactúan, sino donde también reaccionan en contra, cuando amplían el desarrollo de sus facultades personales. La independencia, la creatividad; la individualidad y la valentía física, en este sentido, son desarrolladas en marcos institucionalizados como la docilidad, la subordinación, el conformismo y la debilidad. Las diferencias no deben radicar en la presencia o la ausencia de autoridad, sino en el tipo de relaciones de autoridad que rigen la actividad.

Si sólo la autoridad fuera la culpable, la curación sería su abolición —una escisión rápida y sin dolor— como lo aboga, por ejemplo, Theodore Roszak:

[...] enseñar en libertad, en completa libertad, como respuesta a la inclinación natural del estudiante; ser un profesor sólo donde, cuando y en la medida que el estudiante nos autorice serlo.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Mao Tse-tung, "On contradiction", *Selected works of Mao Tse-tung*, vol. 1, Pekín, 1951.

<sup>5</sup> Theodore Roszak, "Educating contra naturam", en Ronald Gross y Paul Osterman (comps.), *High School*, Nueva York, Clarion, 1971, pp. 64-65.

Pero tener a la autoridad por culpable es suprimir la inevitable contradicción entre individuos y comunidad. Con demasiada frecuencia esto se hace, y muchas veces lo hacen los más sensibles y mordaces intérpretes del predicamento de los jóvenes. Por lo tanto, Peter Marin puede escribir:

[En la educación] el individuo es central; el individuo, en el sentido más profundo, es la cultura, no la institución. Su cultura reside en él, en experiencia y memoria, y lo que se necesita es una educación que tenga en su base la inviolabilidad de la experiencia del individuo y que la deje intacta.<sup>6</sup>

Por supuesto, la educación puede reconocer la inviolabilidad de la experiencia del individuo, pero no la puede dejar intacta.

El profesor es delegado por la sociedad para mediar el paso al estado adulto, y su obligación queda cumplida sólo cuando el viaje por la sociedad les es impuesto con éxito a sus nuevos miembros. El estudiante, por otra parte, busca el poder —dentro de las restricciones que le impone la sociedad y sus instrumentos coercitivos— para usar el encuentro educativo en pro de fines personales. Esta contradicción es penetrante e inevitable, independiente de las voluntades de los individuos interesados, e igualmente independiente de la formalidad o informalidad de la relación estudiante-maestro. Se yergue sobre cualquier afecto o respeto personal que estos adversarios tengan entre sí, como seres humanos. Negando el conflicto necesario entre maestro y estudiante, el profesor radical está suprimiendo una contradicción muy manifiesta y personalmente destructiva: que sus intereses, metas e ideales personales a menudo implican la negación de su papel social. Personalmente conveniente, quizá, pero sin importancia social. La sociedad no puede ser suprimida tan fácilmente como la conciencia de las contradicciones de nuestras vidas. La mayoría de los individuos con los sentidos sintonizados a las realidades de la vida diaria, suplicarán su liberación de los yugos de la autoridad como lo que son: fantasía poética. Los creadores de valores educativos válidos deben empezar por afirmar esta contradicción y proceder a preguntar si su proceso de resolución, resurgimiento y rerresolución en el encuentro educativo promueve o retarda nuestro desarrollo personal, cultiva o embota nuestro potencial para las relaciones de cooperación e igualdad, fomenta o entorpece el crecimiento de nuestras capacidades para controlar las condiciones de nuestras vidas.

La implicación inmediata es que la educación sólo tiene que distorsionar el desarrollo humano en la medida exigida por la represividad de las relaciones sociales de la vida adulta. El educador o la educa-

<sup>6</sup> Peter Marin, "The open truth and fiery vehemence of youth", en Gross and Osterman [1971], *op. cit.*, p. 44

dora debe representar a la sociedad cuando media la contradicción entre individuo y comunidad para poder cumplir con su papel institucional. O, al contrario, él o ella debe hacer la guerra contra las instituciones sociales y, oponiéndose a ellas, cambiarlas. Aun dentro del aula individual, el profesor disidente puede convertirse en subversivo efectivo mediante la enseñanza de la verdad sobre la sociedad; mediante la inspiración de un sentido de poder colectivo y respeto mutuo; mediante la demostración de que existen alternativas superiores al capitalismo; mediante la lucha contra el racismo, el sexismo y otras ideologías de privilegio, mediante la crítica y la presentación de alternativas a una cultura que, según palabras de Woody Guthrie:

[...] hace que uno sienta que no sirve para nada [...] que ha nacido para perder, destinado a perder [...] porque uno es demasiado viejo o demasiado joven o demasiado gordo o demasiado flaco o demasiado feo o demasiado esto o demasiado aquello, te desgasta, se burla de ti por tu mala suerte o por tu duro viaje [...]

Pero el cambio institucional de la educación, a menos que sea al azar y caótico, es la culminación de la actividad coordinada de las clases sociales. La política de una educación revolucionaria así como su filosofía están fundadas en la dialéctica. Deben proceder de un compromiso con una transformación revolucionaria de nuestra sociedad entera. Hemos defendido tanto el carácter deseable como el factible de una sociedad socialista. Pero ¿es posible ir de aquí a allá? Y si así es, ¿qué forma podría adoptar una revolución socialista democrática?

#### LAS CONTRADICCIONES DEL CAPITALISMO

Dando vueltas y vueltas en el giro creciente  
 El halcón no puede oír al halconero;  
 Las cosas se desparraman; el centro no puede contener; [...]  
 Sin duda, la Segunda Venida está próxima.

WILLIAM BUTLER YEATS, *La Segunda Venida*, 1921

Una transformación revolucionaria de la vida económica y de la educación en los Estados Unidos es posible porque la sociedad capitalista avanzada no puede resolver los problemas que crea. Un sistema social que genera o despierta en las personas necesidades que no puede resolver, seguramente es vulnerable a un levantamiento social. Esto es más cierto aún cuando los medios para la satisfacción de las necesidades sentidas

por la gente están claramente disponibles. El capitalismo en los Estados Unidos es, en realidad, un sistema así. Despierta y frustra las necesidades de las personas —la necesidad de seguridad económica, de respeto mutuo y de control de la vida propia. El capitalismo, al mismo tiempo, ha desarrollado una base tecnológica y material que podría dirigirse con éxito a estas necesidades, aunque dentro de un orden social radicalmente diferente. Tanto la convenciencia como la posibilidad de un socialismo democrático fluyen de una contradicción básica del sistema capitalista: aunque el capitalismo promueve vigorosamente el desarrollo de la producción, sus instituciones sociales básicas no están dirigidas a traducir este desarrollo en un desarrollo social equilibrado que fomente la satisfacción y el crecimiento humanos. El poder, la clase y los arreglos institucionales de la sociedad capitalista no permiten la explotación completa de los beneficios de aquellas fuerzas productivas a las que el proceso de crecimiento capitalista ha dado existencia. El capitalismo moderno se caracteriza por un conjunto de posibilidades tecnológicas sumamente avanzadas desplegadas en los confines de un conjunto de relaciones sociales retardantes y retrógradas. Los ingenieros en transporte son despedidos, mientras que los sistemas de tránsito masivo van decayendo. Los astronautas giran alrededor del globo comiendo hasta hartarse, mientras que los agricultores mueren de hambre. El capitalismo es un sistema irracional que se interpone a un mayor progreso social. Debe ser sustituido.

El progreso y el bienestar de una sociedad capitalista es sumamente desigual. Los americanos creen en el progreso. Nosotros creemos que los Estados Unidos es el país más avanzado del mundo. Nuestros logros están marcados por el maravilloso desarrollo de la ciencia, la tecnología y la organización que potencialmente puede beneficiar todos los renglones de la vida social: la energía, el transporte, la televisión, las computadoras, las medicinas maravillosas, la automatización, los materiales sintéticos y así sucesivamente. Pero el único renglón donde medimos el progreso real y claro, es en el renglón de la producción de mercancías: el producto nacional bruto per cápita (corregido para la inflación) se ha cuadruplicado desde fines del siglo XIX.

¿Dónde más podíamos esperar que el progreso social fuera tan evidente? ¿En una mayor integridad de la comunidad, un mejor entorno, más trabajo con significado, mayor igualdad? En cada uno de estos renglones, sin embargo, vemos que el capitalismo de los Estados Unidos no satisface las necesidades de la gente. El progreso, cuando se puede percibir, es absurdamente lento; las más de las veces, no existe. De hecho, muchos de estos aspectos de la vida se deterioran en los Estados Unidos; pero esto no es necesario o inevitable.

Sin el beneficio de la tecnología avanzada muchas sociedades han desarrollado comunidades socialmente integradas que son arquitectóni-

camente agradables y están bien trazadas para relacionar el trabajo, la vida familiar, el juego y la actividad social en una unidad con sentido. El capitalismo sólo ha producido la pesadilla urbana, el infamante dormitorio público en los suburbios, la megalópolis fragmentada y el gueto rural desamparado.

¿Por qué deben destruir el entorno natural la ciencia y la tecnología? La tecnología moderna debería inducirnos a una unión cada vez más perfecta con la naturaleza. En cambio, la sociedad capitalista destruye la naturaleza. Esto es así no sólo en el caso de la contaminación del aire y del agua. Se aplica también al equilibrio más general entre la gente y la naturaleza. Aunque no hubiera contaminación, el crecimiento inexorable de megalópolis eliminaría los últimos vestigios de naturaleza. Nuestros reductos de belleza natural están siendo arrasados y —lejos de ser puestos en armonía con la vida social— están siendo destruidos lentamente.

Desde el principio de la humanidad, hombres y mujeres han estado condenados a "ganarse el pan con el sudor de su frente". Quizá no haya indicación más nítida del éxito de la sociedad moderna que su habilidad para reducir el impuesto físico bruto del trabajo. Mientras que millones de obreros arruinan aún sus cuerpos y acortan sus vidas desempeñando trabajos innecesarios y muchas veces peligrosos en América, cada vez son más los liberados de esta condición. Pero en casi ningún otro sentido se ha extendido el progreso a la esfera social del trabajo. Dentro del capitalismo, el progreso no ha dado sentido al trabajo —en realidad, no es difícil sostener que en los viejos días de la agricultura independiente y las artesanías pequeñas, el trabajo ofrecía una salida incomparablemente más vital para la independencia, la creatividad, la artesanía y el orgullo.

Debido a la naturaleza clasista de la producción en el capitalismo, no hay progreso en la esfera de la vida social. Los ideales de la revolución francesa y de la guerra de independencia americana eran visiones de igualdad. Ciertamente, cualquier concepto de progreso incluye un movimiento hacia una sociedad de resultados económicos cada vez más iguales. Sin embargo, la sociedad capitalista no muestra movimiento hacia mayor igualdad en esferas tan vitales como el ingreso, la riqueza y el poder. La mayoría de los esfuerzos en esta dirección han fracasado miserablemente.

Pero en nuestra evaluación del progreso no podemos parar aquí. ¿Qué hay de la gente? Mose Allison dijo en cierta ocasión: "Las cosas van mejorando más y más. ¡Lo que me preocupa es la gente!" La paradoja del progreso es que hay más y más "cosas" (mayor PNB), pero esto no parece conducir al progreso en la esfera del desarrollo humano. Las relaciones sociales de la vida económica, a pesar de una vasta extensión

de la tecnología productiva, hacen imposible una expansión cualitativa a toda la sociedad de las capacidades de la gente para funcionar físicamente, cognoscitivamente, emocionalmente, estéticamente y espiritualmente.

¿Progreso emocional? El capitalismo y la "Sociedad Ansiosa" son uno. Las drogas, el suicidio, la inestabilidad mental, la inseguridad personal, la sexualidad depredatoria, la depresión, la soledad, el fanatismo y el odio marcan los temores perennes de los americanos. La psicología ha avanzado; ¿por qué no puede el progreso incluir la salud emocional?

Incluso las capacidades físicas quedan excluidas de la marcha del progreso. La gente vive más tiempo con el ejercicio de la medicina moderna —está menos propensa a enfermedades que provocan invalidez—, pero, ciertamente, esperamos mucho más que esto del progreso. ¿Por qué somos débiles, faltos de coordinación, laxos y poco atléticos —en pocas palabras, poco físicos? ¿Por qué debemos obtener nuestros placeres físicos indirectamente, viendo superestrellas en televisión, sin mover un músculo?

¿Por qué es tan desigual el progreso? La respuesta, elementos importantes de la cual se han desarrollado en este libro, es que el desarrollo desigual del progreso social se deriva de la ineptitud de las relaciones sociales de la vida económica en el capitalismo de los Estados Unidos para aprovechar, con fines sociales, las fuerzas de producción a las que da lugar. Esta contradicción entre las fuerzas y las relaciones sociales de la producción en un capitalismo avanzado, no sólo hace que el socialismo democrático sea una transformación progresiva de la vida social, sino que da lugar a algunas precondiciones básicas de tal transformación. Creemos que los levantamientos políticos y sociales de la década de 1960 —incluyendo los movimientos de mujeres y de negros, las revueltas de estudiantes extremistas, la inquietud de las masas en el movimiento obrero, el surgimiento de la contracultura y un nuevo ambiente de igualdad entre la juventud—, han introducido una mayor concientización dirigida contra las relaciones de poder de la sociedad estadounidense. Éstas sólo son manifestaciones de las contradicciones que inevitablemente surgen de los propios éxitos del sistema —contradicciones que conducen a una dislocación social y requieren un cambio estructural de las relaciones sociales de la producción para el mayor desarrollo del sistema social.

Central para nuestro optimismo de que la revolución social es en realidad posible en los Estados Unidos, es el abismo cada vez más ancho entre las necesidades humanas —lo que la gente quiere—, y los imperativos de una mayor producción y expansión capitalista. Esta posición puede parecer fuera de lugar en un libro que ha dado tanta importancia a la reproducción de una conciencia y unas habilidades congruentes con

la expansión capitalista. La influencia preponderante de la clase capitalista, no sólo en la estructura del lugar de trabajo sino en las escuelas y otras instituciones centrales para el proceso del desarrollo humano, está bien documentada. Entonces, ¿por qué divergen las necesidades de los obreros de las del capital? Sólo podemos esbozar una respuesta.

El proceso del trabajo produce tanto gente como mercancía. Pero la gente, a diferencia de la mercancía, nunca podrá ser producida exactamente de acuerdo con las especificaciones del capitalismo. El producto —incluyendo las necesidades experimentadas de la gente—, depende tanto de la materia prima con la que empieza el proceso de producción, cuanto del “trato” que reciba. Ninguna de las dos está, definitivamente, bajo el control total de la clase capitalista.

Aquello en lo que se convierte la gente, la conciencia que manifiestan, las necesidades que tienen dependen de la interacción conjunta del potencial genético humano y del entorno social experimentado por la persona en desarrollo. No importa que los patrones de desarrollo congruentes con la constitución genética humana desplieguen una variedad impresionante. Aquí, lo crítico es que la gente brinda al proceso del desarrollo personal algo independiente de las voluntades de la clase capitalista.

Igualmente importante es que las experiencias sociales a través de las cuales se desarrolla el potencial genético, no están determinadas exclusivamente por la clase capitalista. Parafraseando a Marx en un contexto diferente: la clase capitalista produce gente, pero no exactamente a su elección ni bajo condiciones heredadas del pasado. Asimismo, es cierto que la gente se produce a sí misma. Así como el trabajo es un agente activo en el proceso de producción y nunca una mercancía pasiva, así también, los seres humanos son agentes activos en su propia reproducción, persiguen sus propios fines y se resisten a los designios de otros.

Las instituciones que rigen el proceso del desarrollo humano —familias y escuelas así como el lugar de trabajo—, han evolucionado históricamente como respuesta a las luchas entre grupos que compiten, de entre los cuales la clase capitalista ha dominado, pero también ha sido desafiada. En el sistema escolar, como hemos destacado, se encuentran fuerzas contradictorias: el capital manifestando su objetivo —una fuerza de trabajo bien entrenada y comportada—, y los estudiantes y sus familias persiguiendo sus propios objetivos —seguridad material, desarrollo cultural e intelectual, etc. El resultado, el sistema escolar actual, no se puede entender sin referirse a estos intentos parcialmente triunfantes que durante más de siglo y medio han realizado los trabajadores para lograr algún control sobre el proceso del desarrollo humano.

Las condiciones del desarrollo humano son heredadas del pasado y,



también por esta razón, nunca están perfectamente sintonizadas con las necesidades cambiantes del capital. Los valores, las necesidades y la conciencia que pudieron haber sido congruentes con los objetivos del capital, a menudo se vuelven barreras anacrónicas para la mayor acumulación de capital y para la reproducción de la estructura de clases. Quizá no se pueda dar mejor ejemplo de esto que la difusión de la ideología democrática en los siglos XVIII y XIX. Inicialmente propagada por ideólogos burgueses en la lucha entre el capital y la Corona, "Los Derechos del Hombre" rápidamente se convirtieron en un arma potencialmente poderosa en manos de la clase trabajadora.)

Las necesidades experimentadas por los trabajadores pueden divergir de las necesidades del capital por otras razones también. El hecho, ahora familiar, de que los objetivos de los capitalistas en cuanto al desarrollo de una fuerza de trabajo sean internamente incongruentes, quizá sea más importante. Por lo tanto, las contradicciones entre las tendencias progresistas, orientadas al crecimiento del proceso de acumulación capitalista, y las tendencias de inercia, conservadoras, de las relaciones sociales de la producción capitalista son evidentes dentro del propio sistema escolar. El imperativo de reforzar una fuerza de trabajo congruente con las fuerzas cambiantes de la producción, como hemos visto, frecuentemente choca con el objetivo de la reproducción de las condiciones sociales, políticas y económicas para la perpetuación del capitalismo como sistema.

Esta contradicción entre acumulación y reproducción es, lógicamente, bastante general, y va más allá del sistema escolar, dando origen a toda una gama de posibilidades revolucionarias.

En la base de estas contradicciones yacen los antagonismos, irreconciliables y continuamente explosivos, entre capital y trabajo. Sin embargo, el carácter fundamental de estos antagonismos ha cambiado de manera significativa en la historia reciente. Primero, la legitimidad del sistema capitalista se ha basado históricamente, en una parte considerable, en su probada capacidad para satisfacer las necesidades de consumo de la gente. La siempre creciente masa de artículos de consumo y servicios, parecía prometer una superación constante de los niveles de bienestar para todos. Sin embargo, el mismo éxito del proceso ha minado la urgencia de las necesidades del consumidor. Otras necesidades —de la comunidad, de seguridad, de una vida social y de trabajo más integral y de iniciativa propia— están subiendo al foro y, en realidad, son producto de los mismísimos fracasos de la sociedad estadounidense. Estas necesidades están unidas por una característica común: no se pueden satisfacer simplemente produciendo más bienes y servicios de consumo. Por el contrario, los fundamentos económicos de la acumulación de capital están firmemente asentados en la destrucción de las bases sociales

para la satisfacción de estas necesidades. Por lo tanto, a través del desarrollo económico mismo, se generan necesidades que el sistema capitalista avanzado no está preparado para satisfacer. La legitimidad del orden capitalista debe ser manejada cada vez más por otros mecanismos sociales, de entre los cuales el sistema educativo es un elemento principal. No está claro si este último puede soportar la tensión.

Segundo, la concentración de capital y la continuada separación de los trabajadores —cuellos blancos y profesionales, así como manuales— del control del proceso de producción han reducido a los defensores naturales del orden capitalista a una pequeña minoría. Hace doscientos años, más de tres cuartas partes de las familias blancas poseían tierra, herramientas, y otros bienes de producción; esta cifra ha caído aproximadamente a una tercera parte e, incluso en este grupo, una pequeñísima minoría posee la parte del león de toda la propiedad de producción. Asimismo, hace doscientos años, la mayoría de los trabajadores varones, blancos, eran sus propios patrones. El ocaso de la granja familiar, del taller artesanal y de la tienda pequeña, más el surgimiento de la sociedad mercantil moderna ha reducido la cifra a menos del 10%. Incluso en el caso del trabajador, relativamente acomodado, varón, blanco, americano, el sistema capitalista ha venido a significar lo que ha significado siempre para la mayoría de las mujeres, negros y otros pueblos oprimidos: el derecho que tiene otro sobre las ganancias, el derecho de otro para trabajar sin patrón y en persecución de sus objetivos propios. La decadencia de los grupos fuera del sistema laboral asalariado —agricultor, artesano, empresario y profesional independiente— ha eliminado un lastre de sostén capitalista, dejando sólo el sistema de legitimación para enfrentar a los obreros unos contra otros.

Tercero, los adelantos de la tecnología y la organización del trabajo han empezado a minar una línea importante de defensa del sistema capitalista; particularmente, la idea de que las relaciones capitalistas de producción —la propiedad privada y la organización jerárquica del trabajo— son las que mejor conducen a la rápida expansión de la productividad. Hemos sugerido que en esas complejas tareas laborales que, cada vez más, dominan la producción moderna, el control participativo por parte de los obreros es una forma de organización del trabajo más productiva. El embrutecimiento y fastidio de la línea de producción y el grupo de taquígrafas, la atada creatividad de trabajadores técnicos y maestros, la frustración personal de la rutina de la oficina burocrática, cada vez más pierden su título como el precio a pagar por la comodidad material. Los consecuentes ataques contra la opresión burocrática van de la mano con la desmitificación del sistema como un todo. El apoyo a las instituciones capitalistas —antes firmemente enraizadas en su superioridad para satisfacer necesidades de consumo urgentes y llanamente basadas

en una masa amplia de trabajadores independientes dueños de propiedades— es debilitada por el proceso mismo del desarrollo capitalista. Al mismo tiempo, nacen poderosas fuerzas anticapitalistas. La acumulación de capital —el motor del crecimiento tras el capitalismo— tiene como compañero necesario la proletarianización del trabajo y el incremento constante del tamaño de la clase trabajadora.

Cuarto, la expansión internacional del capital ha sido el combustible de movimientos nacionalistas y anticapitalistas en muchos de los países pobres. Las tensiones ligadas a la integración mundial del sistema capitalista se manifiestan en el aumento de divisiones y competencia entre los poderes capitalistas, la resistencia de la gente de Vietnam, en las revoluciones sociales de China y Cuba y en la inestabilidad política y movimientos de guerrilla en Asia, África y América Latina. El papel de los Estados Unidos contrario a las guerras de liberación nacional —particularmente en Vietnam— ha traído a casa parte de la lucha y ha exacerbado muchas de las contradicciones internas del capitalismo avanzado.

Quinto, pasando por todo lo anterior, con el regreso del desarrollo capitalista, comparativamente tranquilo en los Estados Unidos a mediados de los años 1950, después de las tumultuosas décadas de 1930 y 1940, el impacto trascendente de cambios acumulativos en la estructura de clase se refleja cada vez más en las crisis de la conciencia pública. La corporatización de la agricultura y la reducción de la población agrícola ha afectado particularmente a los negros; están subyugados al doloroso proceso de una integración obligada al sistema laboral asalariado urbano. Las consecuentes inestabilidades políticas no difieren de las que siguieron a la vasta ola de inmigrantes de las primeras décadas del siglo. Los cambios en la tecnología de la producción casera y el incremento de la mano de obra femenina en las industrias de servicios, también pronostican una posición económica radicalmente diferente para la mujer. Por último, la gran sociedad mercantil y las burocracias de estado han ocupado el lugar de los puestos empresariales, de élite, de cuello blanco y de profesionales independientes como lugar de la actividad económica de la clase media. Esta proletarianización efectiva de cuellos blancos marca la ya avanzada integración de estos grupos al sistema laboral asalariado. En cada caso, las contradicciones han surgido entre la conciencia tradicional de estos grupos y sus nuevas situaciones económicas objetivas. Esto ha proporcionado gran parte del ímpetu de movimientos radicales de negros, mujeres, estudiantes y juventud de contracultura.

Sexto, incluso la ostentosa productividad material del capitalismo —su capacidad para entregar los bienes— puede cuestionarse cada vez más. La inflación, la escasez de artículos de primera necesidad, los traba-

jadores desempleados y las necesidades sociales no satisfechas son testigos de la creciente incapacidad del capitalismo para hacer frente a las necesidades de la gente en cuanto a comodidad material, seguridad económica y diversión social.

Por último, como respuesta a los problemas no resueltos —y creemos que son insolubles— del capitalismo, los liberales modernos han abogado por, y logrado, ampliaciones importantes del papel del gobierno en nuestra sociedad. En realidad, la expansión de la educación es un ejemplo primario de este proceso. Cada vez más, el gobierno ha aceptado la responsabilidad de la consecución de objetivos sociales inasequibles dentro del marco económico capitalista: pleno empleo, aire limpio, igualdad de oportunidades, precios estables, y la eliminación de la pobreza, por nombrar sólo algunos. El resultado: los problemas sociales están cada vez más politizados. La gente está llegando a entender cada vez más los orígenes políticos de la inquietud económica y social y a sentir la posibilidad de una solución política para estos problemas.

Es probable que se intensifiquen los ataques contra la desigualdad económica y el control jerárquico del trabajo. Junto con otras tensiones sociales endémicas del capitalismo avanzado, la creciente tensión entre la necesidad de la gente por la realización propia y el bienestar material a través del trabajo y la presión de los capitalistas y los gerentes por ganancias, abre la posibilidad de poderosos movimientos sociales dedicados a la edificación de la democracia económica.

#### ESTRATEGIA PARA EL CAMBIO SOCIAL

Errando entre dos mundos, uno muerto, el otro impotente para nacer.

MATTHEW ARNOLD, Estrofas de la Grand Chartreuse

El cambio social revolucionario es un asunto serio. Los individuos responsables y los grupos sociales con un respeto sobrio por el paso de inercia del progreso histórico hacen bien en considerar la dislocación e incertidumbre tumultosas del cambio revolucionario sólo como último recurso. La reforma gradual y fragmentada representa respuestas normales y saludables a los problemas sociales, que serán rechazadas sólo a la vista de evidencia contundente de su fracaso o imposibilidad.

No obstante, apoyamos el desarrollo de un movimiento socialista revolucionario en los Estados Unidos. No importa cuán arduo sea el camino al éxito, una alternativa socialista puede proporcionar el único acceso a

un futuro de progreso real en términos de justicia, liberación personal y bienestar social. Los cambios revolucionarios —incluso los violentos— han desatado fuerzas progresistas masivas en el pasado. Pensemos en las revoluciones francesa, rusa, china, cubana y la guerra de independencia americana. Lo seguirán haciendo en el futuro. Cuando menos en aspectos como la educación, el desarrollo humano y la igualdad social —que hemos tratado ampliamente en este libro— la alternativa socialista es tanto necesaria como factible en cuestión de tecnología y política. Pensemos que esto también es cierto en otros campos. En resumen, necesitamos una segunda revolución americana —y, en tal caso, una más democrática, igualitaria y participativa.

¿Cómo triunfar? Ésta es la pregunta central de la estrategia política. No hemos abordado este problema con un grado de intensidad y concentración parecido al que le hemos dedicado al análisis de la educación y de la estructura de clases en el capitalismo de los Estados Unidos. En verdad, no tenemos una respuesta firme, fuertemente sostenida, completa e intelectualmente coherente para esta cuestión central. Consideramos que se trata de una tarea central de los socialistas para los años venideros —una que se debe tratar en términos tanto de teoría social como de prácticas políticas concretas.<sup>7</sup> En esta sección, limitaremos nuestros comentarios a aquellos aspectos de la estrategia socialista que tienen relación más inmediata con las cuestiones presentadas en este libro.

Nuestro análisis se inspira en tres principios básicos. Primero, el socialismo es el fortalecimiento progresivo y la extensión del proceso de la democracia económica, con su concomitante transformación continua del proceso de relaciones interpersonales del trabajo, la comunidad, la educación y la vida cultural. La democracia económica incluye "circunstancias" como el cambio de los patrones de propiedad de los medios de producción, o la adopción de formas institucionales particulares en el trabajo o la educación, pero meramente como aspectos del proceso de desarrollo. Segundo, la naturaleza del socialismo dependerá del contenido de la lucha revolucionaria de esta sociedad. Un movimiento socialista no puede subordinar los medios a los fines y no puede manipular y engañar para lograr el éxito, precisamente porque el socialismo no es una circunstancia. La conciencia desarrollada en la lucha es la misma conciencia que, para bien o para mal, guiará el proceso mismo de

<sup>7</sup> Véase André Gorz, *Socialism and revolution*, op. cit.; Michael P. Lerner, *New socialist revolution*, Nueva York, Delta Books, 1973; Juliet Mitchell, *Women's state*, Nueva York, Vintage Books, 1971; Mike Albert, *What is to be undone*, Cambridge, Mass., Porter Sargent, 1974; Robert L. Allen, *Black awakening in capitalist America*, Garden City, L.I. Nueva York, Doubleday, 1969; y Sheila Rowbotham, *Woman's consciousness, man's world*, Nueva York, Penguin, 1974.

desarrollo del socialismo. Por lo tanto, un movimiento socialista, aunque luche por obtener poder, debe hacerlo con medios que inexorablemente promuevan la democracia, la participación y un sentido de solidaridad e igualdad. Tercero, un movimiento socialista debe basarse en el reconocimiento de la lucha de clases como su principio organizativo. Una revolución es un cambio fundamental en la estructura de poder del sistema social y, con él, un cambio en aquellos aspectos de la vida social en que se basa el poder y por medio de los cuales se reproduce. Una revolución socialista es el cambio del control sobre el proceso de producción de la minoría de capitalistas, gerentes y burócratas a los productores mismos. El movimiento hacia las relaciones económicas democráticas y participativas hace posible la clasificación de la división jerárquica del trabajo y de las relaciones antagónicas de los grupos de obreros que rivalizan por posiciones en el sistema de estratificación (por ejemplo, entre negros y blancos, hombres y mujeres, cuellos blancos y azules). Desata la posibilidad de dirigir la tecnología y la organización hacia las relaciones sociales no enajenadas. Al minar la subordinación social de los trabajadores, permite el surgimiento de una conciencia verdaderamente democrática —tanto política como económica— de los ciudadanos. Al eliminar la base económica de la opresión clasista, permite la construcción de instituciones sociales —como las escuelas— que fomentan, en vez de reprimir, la lucha del individuo por la autonomía y el desarrollo personal a la par que proporcionan el marco social para convertirlo en una lucha verdaderamente cooperativa.

Un cambio de poder revolucionario hace que todo esto sea posible, pero no inevitable. Un cambio que formalmente transfiera el poder a los obreros, pero que no se base en un espíritu de conciencia socialista en torno a las metas de la democracia económica, meramente reproducirá las antiguas relaciones de poder con formas nuevas. Esto también se aplica a la eliminación del racismo, del sexismo y del fetichismo de la autoridad jerárquica.

Una revolución puede ser violenta o pacífica; puede triunfar con la ayuda de los canales políticos existentes, o a pesar de ellos. Cuáles son las características que predominan, tiene central importancia estratégica, pero no se puede considerar de una manera u otra como algo intrínseco de un movimiento revolucionario. Sin embargo, debemos rechazar violentamente el concepto de que una revolución es un golpe de estado sangriento dado por una minoría de fanáticos políticos. Una revolución socialista en los Estados Unidos no puede ser un golpe donde una pequeña minoría gobernante sustituya a otra; tampoco puede ser el resultado de la insurgencia de una "vanguardia" mesiánica. Hemos sostenido que quienes se beneficiarán con el socialismo son los obreros de toda condición. También hemos sostenido que, actualmente, la abru-

madora mayoría de los individuos son obreros, y cada vez más proletarios para colmo. Por lo tanto, la nueva revolución americana no puede triunfar si no es un movimiento verdaderamente democrático que en última instancia capte los corazones de la mayoría.

La cuestión de la violencia, aunque es una consideración táctica de peso, también debe quedar en un plano de importancia secundaria. Una revolución mayoritaria no tiene cabida para el terrorismo. La alternativa socialista implica una lucha por el poder, y la lucha será amarga y difícil. Es casi inconcebible que una revolución socialista en los Estados Unidos no implicara violencia en alguna etapa; pero no hay muchos motivos para depender de la violencia como arma estratégica básica. Más bien, los socialistas deben estar preparados para combatir las medidas violentas tomadas en su contra; deben desplegar todos sus recursos para desviar y mostrar cualquiera de estas medidas violentas. Las grandes victorias, locales y nacionales, electorales o de otro tipo, por parte del movimiento socialista, presentan la probabilidad de que las élites dominantes subviertan el proceso democrático e intenten usar el poderío de las fuerzas armadas y de la Guardia Nacional para restaurar el orden. Esta táctica sólo puede ser contrarrestada si las tropas militares están del lado de los socialistas y se niegan a desempeñar un papel represivo. La cuestión de la violencia pasa a un plano posterior, ya que la única estrategia socialista viable es aniquilar la capacidad militar de la clase capitalista, en lugar de desarrollar la fuerza para combatirla según sus condiciones.

Como hemos sugerido, el movimiento socialista es un movimiento social, no meramente político, pues se relaciona con la transformación de la vida diaria, en vez de con la mera reorientación del poder político. Como tal, la diversidad de la clase obrera de los Estados Unidos confiere a un movimiento socialista un potencial inmenso de vitalidad y creatividad. Esperamos que los obreros manuales socialistas usen sus amplios conocimientos para reorganizar la producción y preparar a otros para que hagan su parte del trabajo manual. Esperamos que las mujeres socialistas estén en la vanguardia para eliminar la opresión en el hogar y que exijan alternativas vitales para los patrones domésticos tradicionales. Esperamos que los artesanos, los arquitectos y los planificadores socialistas, eleven las facultades artísticas y estéticas de todos nosotros mientras lidian sus propias luchas. Esperamos que los trabajadores de la salud, revolucionarios, descubran nuevos horizontes en el cuidado de la salud, y que los profesores revolucionarios forjen las escuelas liberadoras del mañana como tácticas centrales de su lucha por el poder. Los atletas revolucionarios deben enseñarnos a respetar nuestros cuerpos, y los maestros nuestras mentes —el potencial creativo del movimiento

revolucionario deriva todo esto y más de la diversidad y los muchos recursos de los obreros americanos.

El otro lado de la diversidad de la clase trabajadora de los Estados Unidos es la falta de una conciencia unida. Hemos sostenido que los aspectos centrales de la sociedad estadounidense se pueden entender mejor en términos de la necesidad que tienen las clases dominantes de fragmentar la fuerza de trabajo y, al dividirla, conquistarla. La estrategia es tan antigua como la civilización misma. En los Estados Unidos, actualmente, la fragmentación de la conciencia se ve facilitada por los antagonismos raciales, sexuales y socioeconómicos.

La principal meta estratégica de un movimiento socialista es la creación de la conciencia de la clase obrera. Muy frecuentemente, se considera que esta tarea consiste simplemente en hacer que la gente se dé cuenta de su opresión. ¡Lejos de ser verdad! La mayoría de la gente conoce bien la realidad de su opresión; lo que falta es una estrategia para superarla. La convicción de que un cambio para bien es posible, surgirá sólo cuando la conciencia dividida y fragmentada de los trabajadores de los Estados Unidos sea progresivamente sustituida por el entendimiento de que, bajo las diferencias muy reales de necesidades, deseos y prerrogativas sociales, todos sufren opresión de la misma fuente y podrán ganar lo mismo de la alternativa socialista. Hacia el final, cada grupo que lucha por el control sobre sus condiciones de producción, debe destinar sus fuerzas a superar los conflictos inmediatos entre la gente. En parte, esto lo puede hacer cada grupo ampliando sus demandas para adquirir otros posibles aliados y proteger sus intereses. Los obreros que buscan mayor paga y control de las empresas también deben pelear por promover los derechos de los consumidores, por reducir las diferencias salariales en el trabajo, por eliminar los degradantes trabajos de estatus secundario y la contratación discriminatoria, y por crear centros gratuitos para el cuidado diurno de los hijos de los empleados. La persecución de una serie de objetivos integrados suficientemente amplia para abarcar la mayoría de los elementos de la clase trabajadora, lógicamente, requiere cierta forma de coordinación entre los grupos populares. En ausencia de un marco programático y teórico unificado, la espontaneidad radical puede dar por resultado menos, en vez de más, unidad entre los pueblos oprimidos.

El capitalismo no es, de ninguna manera, la única fuente de opresión en los Estados Unidos, ni el socialismo es la solución a todas las formas de opresión. La opresión racial y sexual son parte del sistema capitalista; sin embargo, también tienen orígenes bien diferentes. La lucha contra el racismo y el sexismo, aunque parte del movimiento revolucionario socialista, adquirirán formas distintas.

La evolución de la vida económica en los Estados Unidos, al minar



los mecanismos que reproducen y legitiman la estructura de clases, ya ha hecho mucho al crear una conciencia común de la opresión capitalista. Esperamos que este proceso de desintegración continúe. El trabajo ideológico constructivo se debe basar en las experiencias cambiantes, concretas y materiales de todos los segmentos de la población. El trabajo político por parte de grupos extremistas y de otro tipo puede apresurar o retardar considerablemente el potencial que ofrecen por circunstancias materiales cambiantes.

Un elemento estratégico principal de un movimiento socialista es la continua interpolación de una visión más amplia de la alternativa socialista en luchas concretas de todo tipo. Con demasiada frecuencia, aquellos con visiones utópicas de la Buena Sociedad no tienen ni la capacidad ni la inclinación a comprometerse en verdaderas luchas sociales. Por otra parte, aquellos con un sentido mundano de la ardua tarea de la lucha diaria han enterrado, cínica y oportunistamente, su visión de metas mayores. Sin embargo, la propagación de una visión socialista en el contexto de la política, con los pies en la tierra, es esencial. Pocos en los Estados Unidos optarán por un cambio revolucionario como un asalto desesperado, sin nada que perder, en un statu quo literalmente insostenible; para la mayoría de la gente, la vida simplemente no es tan mala. La gente debe escoger, y escoger para pelear por él, el socialismo como una alternativa positiva basada en una visión seria, deseable y factible. Esta visión se debe desarrollar en el curso de la lucha, pero la lucha no se desarrollará sin ella. Es más, las nociones vagas de socialismo y democracia económica, aunque efectivas para producir el cambio, no garantizarán de ninguna manera que el cambio adquiera formas deseables y, en última instancia, progresistas. Como nos recuerdan muchas veces nuestros amigos más conservadores, el cambio revolucionario puede ser un desastre también —un desastre que entierre las esperanzas más acariciadas por sus partidarios más fuertes. Sólo un esfuerzo vigoroso y creativo por definir el curso del desarrollo socialista antes de su victoria final, sin importar cuánto haya de alterarse este curso mediante la experiencia práctica de las personas comprometidas en la lucha, puede minimizar esta posibilidad. Por último, la fragmentación de la conciencia de los trabajadores sólo puede ser superada ofreciendo una alternativa en la cual los objetivos discordes de los diferentes grupos sean satisfechos simultáneamente.

La consideración estratégica final que tenemos en mente es el reconocimiento sobrio de que la fase preparatoria de un movimiento revolucionario incluye trabajar en, y a través de, las instituciones capitalistas existentes. No podemos sentarnos a esperar un cataclismo político. No podemos confiar únicamente en crear instituciones de alternativa como "... pequeñas islas de socialismo en un mar de capitalismo". En cambio,

debemos pensar en términos de edificar el poder de la clase trabajadora y popular; creando ruedos de administración social y democracia directa en las principales ramas de la producción; conquistando posiciones fuertes en cuerpos como sindicatos, escuelas, los medios de comunicación y el gobierno. En pocas palabras, la estrategia adecuada requiere lo que Rudi Dutschke llamó la "... larga marcha a través de las instituciones". Este aspecto crucial de la estrategia de movimiento es necesario para preparar a la gente a tomar el poder en todos los aspectos de sus vidas. Tiene dos propósitos: 1] debilitar progresivamente el poder de aquellos que controlan la vida económica y minar el funcionamiento de las instituciones capitalistas opresoras, y 2] desarrollar en la gente la facilidad para tomar decisiones cooperativas y para ejercer el poder, una experiencia que normalmente se nos niega en una sociedad capitalista.<sup>8</sup>

El impulso para un sistema educativo igualitario y liberador debe ser un elemento esencial de un movimiento socialista. En verdad, la naturaleza orientada al proceso del encuentro educativo puede hacer que la actividad política en el sistema escolar sea ejemplar para el resto de la sociedad. Ofrecemos cinco lineamientos para una estrategia socialista para la educación. Primero, los educadores revolucionarios —profesores, estudiantes, y otros comprometidos en la educación— deberían presionar vigorosamente para la democratización de escuelas y universidades, trabajando para lograr un sistema de poder participativo donde estudiantes, profesores, padres y otros miembros de la comunidad puedan perseguir sus intereses comunes y resolver sus conflictos racionalmente. Segundo, la lucha por la democratización se debería considerar parte de un esfuerzo para minar la correspondencia entre las relaciones sociales de la educación y las relaciones sociales de la producción en la vida económica capitalista. La reforma educativa socialista debe avanzar conscientemente hacia la igualación de una educación liberada y la educación para una democracia económica, siguiendo las líneas esbozadas antes en este capítulo. Tercero, un movimiento en pro de la educación socialista debe rechazar el antiautoritarismo simple y la espontaneidad como principios que lo guíen. Debemos desarrollar y aplicar una filosofía educativa dialéctica del desarrollo personal, la autoridad y las relaciones interpersonales como se esbozó anteriormente. Cuarto, la educación revolucionaria debe ir a la vanguardia del movimiento para crear una conciencia unificada de clase. Los profesores socialistas deben no sólo exigir el control de sus actividades; también debemos extender este control a los estudiantes y a la comunidad en general. Debemos luchar por un plan de estudios que sea personalmente liberador y políticamente iluminador; debemos rechazar nuestras preten-

<sup>8</sup> Lerner [1973], *op. cit.*, p. 237.

siones como profesionales —pretensiones que sólo conducen a un silencio y a un aislamiento derrotistas— y aliarnos con otros miembros de la clase trabajadora. Debemos ampliar sus exigencias a fin de incluir el uso de los recursos educativos por parte de los padres, trabajadores, grupos de la comunidad y los viejos; y por último, debemos luchar por prácticas educativas igualitarias que reduzcan el poder de las escuelas para fragmentar la fuerza de trabajo. Quinto, los educadores socialistas deben considerar seriamente la necesidad de combinar una visión de largo alcance con las victorias conseguidas aquí y ahora. En la larga marcha a través de las instituciones, se deben buscar reformas que satisfagan las necesidades inmediatas de los estudiantes, profesores y padres. Las políticas color de rosa deben ser rechazadas a cambio de un programa de reformas revolucionarias creadas en torno a cuestiones como la democracia, las aulas libres, la inscripción abierta, la ayuda financiera adecuada para estudiantes necesitados, y el desarrollo crítico del contenido de una educación socialista y antidiscriminadora.

No podemos avanzar con los remedios caseros de la reforma educativa liberal. La gente de los Estados Unidos no necesita un médico para el moribundo orden capitalista; necesitamos un enterrador. El reto político que enfrentamos tampoco debe ser enfrentado con los esfuerzos espontáneos de individuos o de grupos que trabajen aislados. El desarrollo y la articulación de la visión de una alternativa socialista, así como la capacidad de enfrentar las necesidades humanas concretas actuales, exigen un partido basado en las masas, capaz de ayudar en las luchas diarias de los trabajadores de todos los Estados Unidos, y entregado a una transformación revolucionaria de la economía estadounidense.

